

Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VIII - Nº 92 Diciembre de 2025

Disponiendo los corazones para recibir al Divino Infante

La convivencia en la Sagrada Familia

Imaginemos el ambiente en la casa de la Sagrada Familia, cuando, por ejemplo, llegando el ocaso en Nazaret, están Nuestra Señora, San José y el Niño Jesús cenando.

María y José contemplan al Niño y saben que es Dios quien está comiendo y dirigiéndoles la palabra para hacerles las mil preguntas de un niño; a todo momento reciben una ráfaga de amor divino y una lección de sublimidad de ¡entrar en éxtasis!



Flávio Aliança

Sagrada Familia. Colección particular

Cada uno de los tres se encantaba al ver, día a día, a los otros dos alcanzar nuevos requintes de perfección, una vez que hasta "Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia" (Lc 2, 52)

Dice el Evangelio que María, por su parte, guardaba todos estos acontecimientos y los volvía a meditar en su interior (cf. Lc 2, 19). ¿Qué habrá sido ese conferir de San José? Se puede imaginar, en la noche, después de que Nuestra Señora y el Niño Jesús se hayan ido a acostar, estando solo, haciendo la recopilación del día, pensando en todo cuanto había aprendido.

¿Qué sería pasar un día con la Sagrada Familia? Bien, ¡en el Cielo conviviremos con ella por toda la eternidad!

** Cf. Conferencia de 24/7/1971*

Sumario



En la portada, Dr. Plinio venera la imagen del Divino Niño después de una celebración navideña.

Foto: Archivo Revista

Vol. VIII - No. 92 Diciembre de 2025

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como "conferencias" — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:
Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:
Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:
Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

SEGUNDA PÁGINA
2 *La convivencia en la Sagrada Familia*

EDITORIAL
4 *El pulsar de los corazones en la Santa Navidad*

PIEDAD PLINIANA
5 *¡Venid a mí, oh madre del hijo pródigo!*

DOÑA LUCILIA
6 *Puente luminoso entre un pasado agonizante y un futuro glorioso*

DE MARIA NUNQUAM SATIS
8 *El dogma de la Inmaculada Concepción: punto de partida del reinado de María*

ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA
14 *Navidad, un inmenso perdón para los hombres*

PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA
17 *Posición de lucha y seriedad en las tiernas alegrías de la Navidad*

SANTORAL
20 *Santos de Diciembre*

HAGIOGRAFÍA
22 *Súper excelencia de la misión del Discípulo amado*

APÓSTOL DEL PULCHRUM
30 *Mensajes de Dios en una tarde de ocaso*

ÚLTIMA PÁGINA
36 *¡Cántico nuevo, alegría de los Ángeles!*












Editorial

El pulsar de los corazones en la Santa Navidad

La Navidad irrumpe en la vida del católico como un viento impetuoso de luz, de armonía y de bienestar, que corta el ritmo de la vida cotidiana, hace cesar las lágrimas, las angustias, las aprensiones, las indolencias y hasta las infidelidades, elevando el alma a otro plano.

Nació de la Virgen María el Niño Jesús en Belén. El simple anuncio de este hecho inunda de alegría las almas de los verdaderos fieles, haciéndoles comprender cuanto eso excluye cualquier otra consideración y como el Redentor que nos fue dado para redimir los pecados del mundo, mediante la acción corredentora de Nuestra Señora, modificará la mentalidad de los hombres, la faz de la tierra, e implantará o su Reino glorioso.

En nuestra época, tan llena de preocupaciones, miremos antes que nada hacia el cielo, para todo cuanto en la Iglesia Católica hay de eterno, de invariable, de indestructible. Exultemos con eso, pues estas son las grandes novedades de la Santa Navidad.

Sin embargo ¿cómo no considerar que, en el pesebre de la gruta de Belén, bajo la mirada amantísima de Nuestra Señora y de San José, está nuestro Salvador y que, por tanto, todos nosotros que necesitamos gracias debemos dirigirnos a Él por medio de esos intercesores admirables? ¿Cómo no presentarle nuestras necesidades espirituales y materiales, y las de la Santa Iglesia, tan urgentes y trágicas?

Si por un cierto movimiento de alma, a la manera de sístole, debemos olvidarnos de todos los problemas en la Noche Santa, por una especie de diástole nos corresponde pensar en ellos para depositarlos a los pies del Niño Jesús, pidiéndole que bendiga nuestras reflexiones, nuestro celo, nuestros anhelos, nuestro deseo de luchar, de trabajar, nuestra ansia de victoria de su Madre Santísima sobre la tierra para la inauguración del Reino de María, que es la quintaesencia del Reino de Él.

Hay, pues, una especie de dicotomía armoniosa en la noche de Navidad. Por un prisma, contemplamos solo la eternidad; por otro, miramos a la vida terrena, pero siempre con los ojos puestos en el cielo.

Para el hombre de fe, las líneas maestras de la historia son trazadas según un criterio claro y luminoso: ¿Qué fue hecho de la Iglesia Católica y de la Civilización Cristiana en el curso de este año? ¿Qué será de una y de otra en el futuro?

En el plano temporal, análogas interrogaciones se presentan al espíritu: ¿Qué fue hecho do nuestro grande y querido Brasil, envuelto hoy en nebulosa mezcla de caos, de progreso y de carencia?

Tanto en la sublime noche de Navidad, cuanto en el paso del nuevo año que comienza, cargado de aprensiones y de esperanzas, depositemos todos nuestros anhelos a los pies del Niño Dios que sonríe misericordioso ante las miradas arrobadas de María y de José. Y supliquémosle que los días venideros conozcan, por la gracia de Dios, regeneraciones transfiguradoras y así, la moralidad general, hoy en catastrófica decadencia, se eleve al suave y victorioso soplo de la fe.

Que la Santa Iglesia se desvincule, por fin, de la crisis dramática en que vive en estos días de confusión y de angustia, y sea reconocida por todos os pueblos como la única Iglesia verdadera del único Dios verdadero, inspiradora y madre de todo bien espiritual y temporal. Y así, con los corazones abiertos a ella, ilumine con esplendor solar los individuos, las familias, las instituciones y las naciones.

Por la intercesión victoriosa de María, nuestras oraciones se verán atendidas. Que en esta Navidad Nuestra Señora sea, como siempre, nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza.*

---

* Cf. Mensajes de Navidad de los años 1984 y 1994.



Declaración: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Flávio Lourenço

La Virgen en oración. Museo Nacional de Capodimonte, Nápoles

¡Venid a mí, oh madre del hijo pródigo!

Oh Madre de todos los perdones y de todas las misericordias, os pido algo mejor de lo que, en la parábola, dio el padre al hijo pródigo. Os imploro que, en lugar de esperarme y atraerme, hagáis más: vengáis hasta mí. Que seáis la Madre del hijo pródigo que va al sitio donde él come las bellotas de los cerdos, y que llevéis con Vos todo vuestro perdón y los elementos necesarios para el festín de la reconciliación.

Oh Corazón Sapiencial e Inmaculado de María, venid a mí, ya que no voy hacia Vos. Y, por la fuerza soberana, irresistible, dulcísima de vuestra misericordia, haced en mí vuestra obra.

Cor Sapientiale et Inmaculatum Mariæ, opus tuum fac!

(Compuesta el 1/1/1971)

Puente luminoso entre un pasado agonizante y un futuro glorioso

Al representar la última semilla de un árbol esplendoroso que moría, Doña Lucilia fue puesta por la Providencia en una situación intermediaria entre su generación y el pasado, donde la inocencia de su acción habría de echar raíces para un nuevo y glorioso árbol: el Reino de María

¿Qué se daba con mi madre en lo que dice respecto a su inocencia?

Mirada puesta en un punto luminoso indefinido

En su alma había un esplendor. Es propio del *Quadrinho*[1] indicarlo con perfección. A propósito, ese *Quadrinho* –como otras cosas que ella ha hecho– roza en lo milagroso, porque yo no puedo admitir que, con base en una fotografía, un pintor que nunca la vio le haya dado a él mucha más expresión de la que hay en la misma foto de ella.

Lo que el cuadro tiene de imponderable es la mirada, manifestada por ella muchas veces, fija en un punto luminoso indefinido, el cual no se saciaba de ver y le llenaba el alma de luz. Ese punto luminoso indicaba que había en su interior una zona de meditación muy alta y continua, cuya acción sublimaba el alma, iluminándola y haciéndola cada vez más nívea.

Sus cabellos blancos, ya al final de la vida, a veces me conmovían, porque parecían el resplandor de algo enternecedor y conmovedoramente plateado que ella poseía. Y da la impresión de que en el *Quadrinho* ella medita mirando una luz plateada.

Ejercicios de trascendencia al admirar la naturaleza

Había en su espíritu un punto altísimo: era el terreno de su inocencia.

Me acuerdo de cierta vez haberla escuchado hablar con mi padre. Ambos estaban mirando el eterno panorama de los ancianos que no salen de casa: la plaza de en frente, una bonita puesta del sol vista a través de la arboleda, hacia el lado de la Rua Alagoas; la ciudad era menos contaminada que hoy.

A las tantas, ella le dijo a mi padre: "Esposo mío, ¡vea qué sol bonito viene ahí! ¡Qué puesta del sol maravillosa! Nosotros vamos a morir dentro de poco y le propongo que hagamos un trato: cuando hayan esas puestas de sol, aquel que se quede en la Tierra por más tiempo rezará un Avemaría por el otro."

Percibí por ese hecho cuánto representaba para ella aquel crepúsculo y qué alto ejercicio de trascendencia hacía en relación con algo de la naturaleza.

En otra ocasión, por cuestiones de seguridad, mandé cortar las ramas de un árbol que quedaba cerca a la casa. Ella no tenía noción del peligro que aquello representaba y percibí que el hecho de que ella no podría contemplar más las hojas de aquel árbol y la proyección de la luz que ellas hacían, trazando en la noche sombras en la pared blanca de mi sala de trabajo, era como algo del Cielo que se cerraba para ella. Y noté, en aquella mansedumbre eximia de ella, solo un "ay" de un



cordero que recibía otra punzada y nada más.

Posición ápice de un alma

Mi madre era de la generación de mi abuela, pero a la manera de una simplificación: ella estaba entre su generación y la anterior, representando mucho del siglo XIX. Esta es la posición contrarrevolucionaria ápice de un alma: quedar a medio camino de la generación que la antecedió, sin ser una persona anacrónica, no siendo de ningún modo de su propia generación.

En el siglo XIX aún restaban muchos valores medievales que los hombres amaban sin verlos con claridad. Por ejemplo, en la perspectiva de Santa Teresita, ¿cómo sería propiamente la Edad Media? Vemos, sin embargo, que la unión de ella con su padre, Luis Martin, era por ver en él una gota de la Cristiandad medieval puesta en el siglo XIX, pero no como algo que se separó y perseveró. El siglo XIX todavía era rebosante de cosas medievales, de donde inclusive surgió un movimiento neogótico.

No quiero hacer una equiparación entre mi madre y Santa Teresita, pero describo un punto de semejanza.

Santa Teresita no hizo grandes obras. Lo que ella tuvo fue una altísima inocencia, con la cual realizó actos que le dieron un valor insondable, los cuales, según su escuela y su doctrina, eran cosas comunes. No era común aceptar la muerte como ella la aceptó. Puede haber mucha gente que muera aceptando la muerte, incluso en términos edificantes. Pero Santa Teresita fue mucho más que eso.

Santa Teresita, creo yo, fue la última flor de Francia y, por eso, la última flor de la Cristiandad. Ella dio origen a una familia de almas universal y no más específicamente francesa, sino vuelta hacia el futuro. Es una semilla que quedó del árbol sacrosanto de Francia y dio origen a otras maravillas.

En ese sentido, ¿qué fue mi madre para mí? ¿Qué relación tiene el campo de su inocencia con el de mi inocencia? ¿Y qué relación ese campo de inocencia tiene con su papel dentro de la Historia?

De la semilla modesta resurge la Cristiandad del Reino de María

Mi madre retuvo sobre todo los lados buenos del siglo XIX, las tradiciones medievales todavía vivas; y su alma era una continuación de eso. De manera que yo comencé a amar en ella a la Edad Media, y muchas veces pensaba: ¡cómo se parece a mi madre!

Sin embargo, mi madre no tenía una noción exacta de lo que había sido la Edad Media. A ella le gustaban mucho las cosas góticas, pero su alma era más gótica de lo que ella notaba en el gótico. Ella fue un eco fidelísimo, aunque inconsciente, de esa gloriosa era de fe, y mientras el mundo entero iba decayendo y abandonando el espíritu de la Edad Media, ella engendró a un hijo entusiasta de la Cristiandad medieval.

Ella es el guion, el puente entre todo lo que hubo otrora y el futuro. Ella representaba el último llanto del pasado, llorando por morir. Y a su hijo, Nuestra Señora lo destinó para fundar una familia de almas que sería la aurora de la Edad Media resurrecta en el Reino de María.

La palabra guion dice poco: es la última semilla de un árbol esplendoroso que muere, pero del cual va a nacer otro árbol aún mayor. Esa semilla fue ella: modesta, pequeña, ignorada, sin dejar atrás de sí otro rastro a no ser ese, pero dejando ese. Y ese es su gran papel histórico, su gran misión; y tal vez, sin saberlo, ella dio nacimiento a la Contra-Revolución. ❖

(Extraído de conferencia del 30/10/1977)

---

1) Cuadro al óleo que le agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos, con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia.



Flávio Aliança

Inmaculada Concepción, Iglesia de San Francisco, Arcos de la Frontera, España

El dogma de la Inmaculada Concepción: punto de partida del reinado de María

Contra una tempestad de pasiones indescriptibles, de odios amenazantes, de furiosa desesperación, algunos les dolía aceptar que Dios hubiera exaltado tanto una criatura. Solamente la voz intrépida y majestuosa del Vicario de Cristo, contando sólo con la ayuda del Cielo, podía proclamar como dogma la Inmaculada Concepción de María Santísima. Sólo ella, como en Lourdes, puede transformar el momento de terribles castigos en el que vivimos en una hora de admirable misericordia.

En 1854, mediante la Bula *Ineffabilis Deus*, el gran Papa Pío IX definió la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora como dogma. En 1858, del 11 de febrero al 16 de julio, Nuestra Señora se apareció dieciocho veces en Lourdes a una hija del pueblo, Bernadette Soubirous, presentándose como la Inmaculada Concepción. A partir de ese momento, comenzaron los milagros. Y la gran maravilla de Lourdes comenzó a brillar ante los ojos del mundo entero, hasta nuestros días. Un milagro que, confirmando el dogma, es el resumen de la relación entre el evento de 1854 y el de 1858.

Siglo XIX: problemas análogos a los de nuestros días

Lo que, sin embargo, es menos conocido por el gran público es la relación de estos dos grandes hechos con los problemas de mediados del siglo XIX, tan diferentes de los actuales, pero al mismo tiempo tan y tan similares a ellos.

Al definir el dogma de la Inmaculada Concepción, el Papa Pío IX suscitó en todo el mundo civilizado repercusiones que fueron a la vez dispares y profundas.

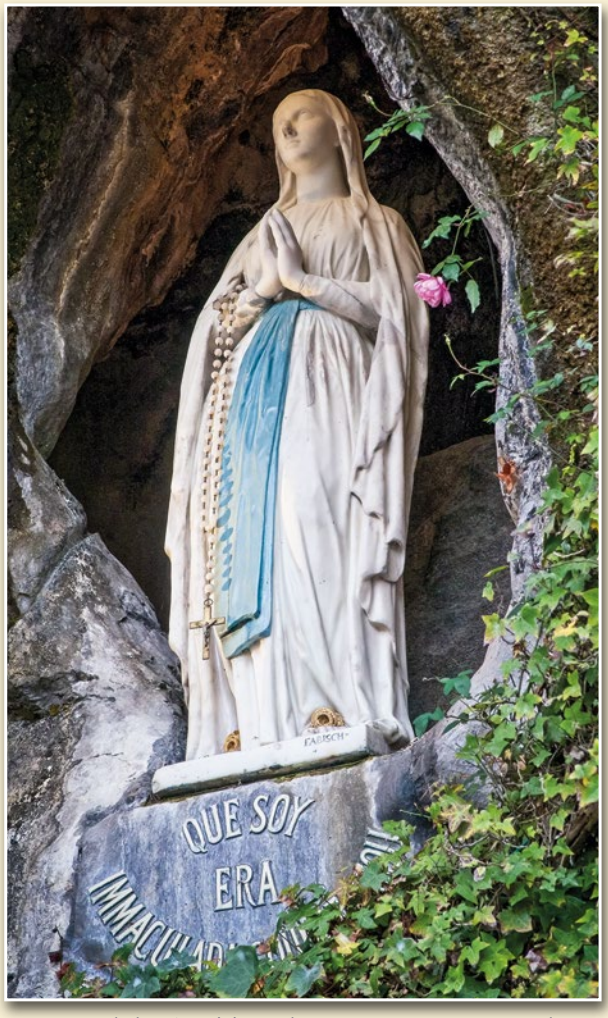
Por un lado, en una gran parte de los fieles, la definición del dogma despertó un inmenso entusiasmo. Ver a un Vicario de Jesucristo levantarse en la plenitud y majestad de su poder para proclamar un dogma, a mediados del siglo XIX, fue presenciar un desafío admirablemente altivo y audaz al escepticismo triunfante, que ya estaba corroyendo la civilización occidental hasta la médula.

Además, este dogma era Marial. Ahora bien, el liberalismo, otra plaga del siglo XIX, tiende por su propia naturaleza al interconfesionalismo, a la afirmación de todo lo que las diversas religiones tienen en común (lo que en última instancia equivale a un vago deísmo), y a una subestimación, si no a un rechazo formal de todo lo que las separa. Así, la proclamación de un nuevo dogma mariano –precisamente como ocurrió en algunos campos con la reciente definición de la Asunción– pareció a los interconfesionalistas ocultos o declarados de 1854 una grave e inesperada barrera para la realización de sus designios.

El dogma sacudió profundamente el espíritu igualitario de la Revolución

Además, el nuevo dogma, considerado en sí mismo, conmocionó profundamente el espíritu esencialmente igualitario de la Revolución que, a partir de 1789, reinaba despóticamente en Occidente. Ver a una simple criatura de tal manera elevada por encima de todas las demás, por un privilegio inestimable, concedido en el primer instante de su ser, es algo que no podía ni puede dejar de herir a los hijos de la Revolución que proclama la igualdad absoluta entre los hombres como principio de todo orden, de toda justicia y de todo bien. A los no católicos, así como los católicos más o menos infectados con el espíritu de 1789, les dolía aceptar que Dios hubiera colocado con tanto realce en la Creación un elemento de tan característica desigualdad.

Finalmente, la naturaleza misma del privilegio es antipática para los espíritus liberales. Si alguien admite el pecado original con todas las secuelas de desarreglos del alma y miserias del cuerpo que ocasionó, debe aceptar que el hombre necesita una autoridad, a cuyo imperio debe vivir sujeto. Ahora bien, la definición de la Inmaculada Concepción implicaba una reafirmación implícita de la enseñanza de la Iglesia a este respecto.



Pedro K.

Gruta de las Apariciones de Nuestra Señora en Lourdes

La Virgen Inmaculada aplastó la cabeza de la serpiente

Además, por mucho que todo esto sea, no era lo único que nos atreveríamos a llamar la sal, en el glorioso acontecimiento de la definición del dogma. Es imposible pensar en la Virgen Inmaculada sin recordar al mismo tiempo a la serpiente, cuya cabeza aplastó triunfante y definitivamente con su talón.

El espíritu revolucionario es el espíritu mismo del diablo, y sería imposible para una persona de fe no reconocer el papel que juega el diablo en la aparición y propagación de los errores de la Revolución, desde la catástrofe religiosa del siglo XVI hasta la catástrofe política del siglo XVIII y todas las que siguieron.

Ahora bien, ver así afirmado el triunfo de su máxima, de su invariable, de su inflexible enemiga, era, para el poder de las tinieblas, la más horrible de las humillaciones.


Archivo Revista

Beato Pío IX - Museo de San Juan de Letrán, Roma

De donde un concierto de voces humanas y rugidos satánicos en todo el mundo, como una inmensa y rugiente tormenta. Ver que contra esta tormenta de pasiones indecibles, de odios amenazadores, de furiosas desesperaciones, se levantaba sola e intrépida la majestuosa figura del Vicario de Cristo, desarmada de todos los recursos de la tierra y confiada únicamente en la ayuda del Cielo, era fuente, para los verdaderos católicos, de una alegría igual a la que sintieron los Apóstoles viendo levantarse, en la tempestad desatada sobre el lago de Genesaret, la figura divinamente varonil del Salvador, dominando soberanamente los vientos y el mar: *"Venti et mare obediunt ei" (Mt 8, 27)*.

Inicio del colapso de la Revolución

Así como todos los generales y gobernadores del Imperio Romano huyeron o se dejaron derrotar frente a los hunos, así también, ante a la Revolución, estaban en deplorable derrota o huida, aquellos que en la sociedad temporal debían defender a la Iglesia y a la Civilización Cristiana.

En esta situación de una noble y solemne dramaticidad, Pío IX, como San León Magno, fue el único que se enfrentó al adversario y lo obligó a retirarse.

¿Retroceder? La propuesta parece audaz. Sin embargo, nada podría ser más cierto. A partir de 1854, la Revolución comenzó a sufrir sus grandes derrotas.

Es cierto que, en la apariencia como en la realidad, la Revolución continuó desarrollando su imperio en la Tierra. El igualitarismo, la sensualidad y el escepticismo han ido logrando victorias cada vez más radicales y extensas. Pero surgió algo nuevo. Y este algo, que es modesto, soso, insignificante en su aspecto, a su vez está creciendo incoercible mente y acabará matando la Revolución.

La Iglesia es el centro de la historia

Para comprender bien este punto fundamental, es necesario tener en cuenta el papel de la Iglesia en la Historia y de la devoción a Nuestra Señora en la Iglesia.

La Iglesia es, en el plan de Dios, el centro de la Historia. Ella es la Esposa Mística de Cristo, a quien Él ama con un amor único y perfecto y a la que quiso someter todas las criaturas. Claro está que el Esposo nunca abandona la Esposa, y que está supremamente celoso de su gloria.

Por lo tanto, en la medida en que su elemento humano permanece fiel a Nuestro Señor Jesucristo, la Iglesia no debe temer nada. Hasta las mayores persecuciones servirán para su gloria. Y los honores y prosperidades más notables no disminuirán en el pueblo fiel el sentido del deber y el amor a la cruz. Esto es en el plano espiritual.

Por otro lado, en el plano temporal, si los hombres abrieran su alma a la influencia de la Iglesia, el camino de todas las prosperidades y gran-


Gabriel K.

San León Magno impide la entrada de Atila a Roma - Museos Vaticanos

dezas estará abierto para ellos. Por el contrario, si la abandonan, estarán en la senda de todas las catástrofes y abominaciones. Para un pueblo que ha llegado a pertenecer al cuerpo de la Iglesia, solo hay un orden normal de cosas, y ese es la Civilización Cristiana. Y esta civilización, superior a todas las demás, tiene como principio vital la Religión Católica.

Condiciones para el florecimiento de la Iglesia

Para la Iglesia, a su vez, hay tres condiciones para florecer que son tan esenciales que aventajan a todas las demás. Ya he hablado mucho de ellas. Sin embargo, nunca será suficiente insistir.



Flávio Lourenço

Comunión - Catedral del Salvador, Aix-en-Provence, Francia

Antes de todo, está la piedad eucarística. Nuestro Señor presente en el Santísimo Sacramento es el Sol de la Iglesia. De Él vienen todas las gracias. Pero estas gracias tienen que pasar por María. Porque Ella es la Medianera universal, a través de la cual vamos a Jesús y a través de la cual Jesús viene a nosotros. La devoción mariana intensa, inspirada y filial es, por tanto, la segunda condición para el florecimiento de la virtud. Si Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento está presente pero no nos habla, su voz se hace oír por nosotros a través del Sumo Pontífice. Por lo tanto, la docilidad al Sucesor de San Pedro es el fruto propio y lógico de la devoción a la Sagrada Eucaristía y a Nuestra Señora.

Por lo tanto, cuando estas tres devociones florecen, tarde o temprano la Iglesia triunfa. Y, *a contrario sensu*, cuando están en deterioro, tarde o temprano la Civilización Cristiana decae.

Lourdes, rotunda confirmación del dogma

Desde hacía mucho tiempo, los círculos católicos de Europa y América venían sido trabajados por una verdadera lepra, que era el jansenismo. Esta herejía tenía como objetivo precisamente debilitar a la Iglesia, socavando la devoción al Santísimo Sacramento bajo la apariencia de un falso respeto. Exigía tales disposiciones para que alguien se acercara a la Sagrada Mesa, que la gente, desafortunadamente muy numerosa, influenciada por ella, dejó casi por completo de recibir la Comunión. Por otro lado, el jansenismo emprendió una campaña insistente contra la devoción a Nuestra Señora, que acusaba de desviar de Jesucristo en lugar de conducir a Él. Y finalmente, esta herejía libró una lucha incesante contra el Papado, y especialmente contra la infalibilidad del Sumo Pontífice.

La definición del dogma de la Inmaculada Concepción fue el primero de los grandes reveses sufridos por el enemigo interno. En efecto, nació de ahí un inmenso caudal de piedad mariana, que viene creciendo cada vez más.

Para demostrar que todo nos llega por María, la Providencia quiso que el primer gran triunfo fuera Marial.

Pero para glorificar aún mejor a su Madre, Nuestro Señor hizo más. En Lourdes, como confirmación rotunda del dogma, hizo lo que nunca antes se había visto: instaló en el mundo el milagro, por así decirlo, en serie y permanentemente. Hasta entonces, el milagro había aparecido en la Iglesia esporádicamente. Pero en Lourdes, las curaciones más científicamente probadas y de origen más auténticamente sobrenatural han tenido lugar, durante cien años, a bien decir en un chorro continuo, frente a un siglo confuso y desconcertado.

De este brasero de fe, encendido con la definición de la Inmaculada Concepción, se liberó, como una llama, un inmenso anhelo. Los mejores, los más eruditos, los elementos más calificados de la Iglesia deseaban la proclamación del dogma de la infalibilidad papal. Más que nadie, lo quería el gran Pío IX. Y de la definición de este dogma vino al mundo un brote de devoción al Papa, que constituyó una nueva derrota para la impiedad.

El enemigo, más fuerte que nunca

Por fin, vino el pontificado de San Pío X y con él la invitación a los fieles para la comunión frecuente e incluso


Arquivo Revista

San Pío X - Catedral de Sant'Ana, Mogi das Cruzes, São Paulo

diaria, así como para la comunión de los niños. Y la era de los grandes triunfos eucarísticos comenzó a brillar radiantemente para toda la Iglesia.

Con todo esto, la atmósfera jansenista fue barrida de los círculos católicos. La oleada modernista y, más tarde, la oleada neomodernista no lograron anular las grandes victorias que la Iglesia había logrado contra sus adversarios internos.

Pero, se podría preguntar, ¿qué ha resultado de esto para la lucha de la Iglesia contra sus adversarios externos? No se diría que el enemigo es más fuerte que nunca y que nos acercamos a esa época soñada por los iluministas hace tantos siglos, de naturalismo científico crudo e integral, dominado por la técnica materialista; ¿de la república universal ferozmente igualitaria, de inspiración más o menos filantrópica y humanitaria, de cuyo entorno se barren todos los restos de una religión sobrenatural? ¿No está ahí el comunismo, no está ahí el peligroso resbalar de la propia sociedad occidental, supuestamente anticomunista, pero que al final también avanza hacia la realización de este "ideal"?

Gimiendo en las tinieblas y en el dolor

Sí. Y la proximidad de este peligro es aún mayor de lo que generalmente se piensa. Pero nadie presta atención a un hecho de importancia primordial. Es que mientras el mundo se está moldeando para la realización de este siniestro designio, un profundo, inmenso e indescriptible malestar se apodera de él. Es un malestar muchas veces inconsciente, que parece vago e indefinido, incluso cuando es consciente, pero que nadie se atrevería a objetar.

Se diría que la humanidad entera sufre violencia, que está siendo puesta en un molde que no le conviene a su naturaleza, y que todas sus fibras sanas se retuercen y resisten. Hay un inmenso anhelo por otra cosa, que aún no se conoce. Pero, en fin, un hecho quizás nuevo desde que comenzó la decadencia de la Civilización Cristiana en el siglo XV, el mundo entero gime en las tinieblas y en el dolor, justamente como el hijo pródigo cuando llegó a lo último de la vergüenza y la miseria, lejos del hogar paterno. En el mismo momento en que la iniquidad parece triunfar, hay algo frustrado en su aparente victoria.

La experiencia nos muestra que es de descontentos así que nacen las grandes sorpresas de la Historia. A medida que se acentúa la contorsión, se acentuará el malestar. ¿Quién podrá decir qué magníficas sorpresas pueden surgir de ahí?

En el extremo del pecado y del dolor, a menudo está, para el pecador, la hora de la misericordia divina...

Ahora bien, este malestar sano y prometedor es, en mi opinión, fruto de la resurrección de la fibra católica con los grandes acontecimientos que arriba enumeré, una resurrección que tuvo un impacto favorable en lo que quedaba de vida y sanidad en todos los ámbitos de la cultura del mundo.

Una gran conversión

Fue por cierto un gran momento, en la vida del hijo pródigo, aquel en el que su espíritu embotado por el vicio adquirió nueva lucidez y su voluntad, nuevo vigor, en la meditación sobre la miserable situación en la que había caído y la torpeza de todos los errores que lo habían sacado de la casa paterna. Conmovido por la gracia, se encontró, más claramen-


Flávio Lourenço

El regreso del hijo pródigo - Catedral de San Lorenzo, San Feliú de Llobregat, España

te que nunca, frente a la gran alternativa.

O arrepentirse y volver o perseverar en el error y aceptar sus consecuencias hasta el final más trágico. Todo lo que una recta educación había implantado de bueno, por así decirlo, renacía maravillosamente en ese momento providencial. Mientras, por otro lado, la tiranía de los malos hábitos se afirmaba en él terriblemente, quizás más que nunca. Hubo un choque interno. Él escogió el bien. Y el resto de la historia, lo sabemos a través del Evangelio.

¿No nos estaremos acercando a ese momento? ¿No producirán todas las gracias acumuladas para la humanidad pecadora por este nuevo brote de devoción a la Sagrada Eucaristía, a la Virgen y al Papa, precisamente en los momentos trágicos de una crisis apocalíptica que parece inevitable, la gran conversión?

El futuro, solo Dios lo sabe. Sin embargo, a nosotros hombres nos es permitido conjeturarlo de acuerdo con las reglas de la verosimilitud.

Estamos viviendo en una terrible hora de castigos. Pero esta hora también puede ser una admirable hora de misericordia. La condición para esto es que miremos a María, la Estrella del Mar, que nos guía en medio de las tormentas.

Durante cien años, movida por la compasión hacia la humanidad pecadora, Nuestra Señora ha alcanzado para nosotros los milagros más estupendos. ¿Se ha extinguido esta piedad? ¿Tienen fin las misericordias de una Madre, y de la mejor de las madres? ¿Quién se atrevería a decirlo? Si alguien lo dudara, Lourdes le serviría de una admirable lección de confianza. Nuestra Señora nos socorrerá.

Lourdes y Fátima

Nos socorrerá. Expresión en parte verdadera y en parte falsa. Porque en realidad Ella ya ha comenzado a socorrernos. La definición de los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la infalibilidad papal, la renovación de la piedad eucarística, tienen su continuación en los sucesos marianos de los pontificados posteriores a San Pío X. Nuestra Señora se apareció en Fátima bajo Benedicto XV. Precisamente el día en que Pío XII fue consagrado obispo, el 13 de mayo de 1917, tuvo lugar la primera aparición. Bajo Pío XI, el mensaje de Fátima se fue difundiendo suave y seguramente por toda la tierra. En esa misma ocasión, el Sumo Pontífice celebró con gran júbilo el 75º aniversario de las apariciones de Lourdes, habiendo delegado en el entonces cardenal Pacelli para que lo representara en las festividades. El pontificado de Pío XII fue inmortalizado por la definición del dogma de la Asunción y la Coronación de Nuestra Señora como Reina del Mundo. En este pontificado el Emmo. cardenal Masella, tan querido por los brasileños, coronó en nombre del Papa Pío XII la imagen de la Santísima Virgen en Fátima.

Son tantas las luces que, desde la gruta de Massabielle hasta Cova da Iria, constituyen un hilo brillante.

El Reinado del Inmaculado Corazón de María



Flávio Lourenço

Coronación de María Santísima - Basílica de San Simpliciano, Milán

Y este artículo se detiene en Fátima. Nuestra Señora esbozó perfectamente, en sus apariciones, la alternativa. O nos convertimos o vendrá un tremendo castigo. Pero al final, el Reino del Inmaculado Corazón se establecerá en el mundo.

En otras palabras, en cualquier caso, con más o con menos sufrimientos para los hombres, el Corazón de María triunfará.

Lo que significa, después de todo, que, según el Mensaje de Fátima, los días del dominio de la impiedad están contados. La definición del dogma de la Inmaculada Concepción marcó el inicio de una sucesión de acontecimientos que conducirán al Reino de María. ❖

(Extraído de Catolicismo *n. 86, febrero de 1958)*

J.P. Ramos

Navidad, un inmenso perdón para los hombres



Augusto Ovelha

Con ocasión de la Navidad, Nuestro Señor hizo tabla rasa del pasado y aparece a los hombres como un Niño frágil, no propenso al castigo, sino tendiente a la sonrisa, al perdón, a la misericordia, invitándonos a enternecernos a propósito de Él.

Debemos decir una palabra con respecto al período del Adviento, y para eso fue separado un comentario contenido en el Misal Diario y Vesperal.

Motivos por los cuales la Navidad debe ser precedida por la penitencia

La alegría de tener en breve a Nuestro Señor Jesucristo es una de las notas dominantes del Adviento. Al comienzo contenida, después se le da libre curso, llegando a la exaltación de la Navidad. La idea de la purificación de las almas, íntimamente ligada a la del regreso de Cristo, se encuentra en esa época en cada página del Breviario y del Misal. Los himnos, la elección de los Salmos, la prédica de los Profetas, la del Precursor, el versículo tantas veces repetido: "Rectas facite semitas ejus", haced rectos sus cami-

nos, hablan de la necesidad de preparar nuestras almas para la venida del Salvador.

En la Edad Media se prescribió el ayuno de Adviento, llamado la Cuaresma de Navidad. Se velaban las imágenes como en el Tiempo de la Pasión. Aún hoy son usados ornamentos morados, símbolos de Penitencia[1].

Hubo tal decadencia del mundo a partir de la Edad Media, que la Iglesia, para hacerse habitable por los hombres entre los cuales las verdades habían disminuido, se vio obligada a condescender con muchas flaquezas humanas que no son directamente pecados, con los cuales ella no podía pactar de ningún modo. Pero, realmente, si hay una plenitud de razón para que la Semana Santa sea precedida de cuarenta días de penitencia, también hay razones altísimas, una extraordinaria conveniencia, para que la Navidad sea precedida de penitencia.

A fin de inducir el pueblo de Israel a la penitencia, el Señor mandó al mayor de los profetas, San Juan Bautista, para enderezar los caminos de Nuestro Señor –no eran caminos materiales, sino de las almas–, para preparar, rectificar las almas de las personas que constituían el pueblo de Israel, a fin de oír la palabra del Dios Encarnado. Y él predicó el ayuno y la penitencia como condición para que el Mesías fuese bien recibido. Por lo tanto, es de gran ventaja, conveniencia y propiedad que preceda a la Navidad una larga penitencia. Hoy ella está debilitada por la flaqueza de los hombres, pero en la Edad Media, el Adviento era una verdadera Cuaresma.

La Iglesia, sin embargo, siempre afirma el principio, incluso cuando condesciende con alguna cosa por necesidad pastoral. Ella conservó, entonces, los ornamentos morados y toda una liturgia de textos penitenciales, preparándonos justamente para esa penitencia.

Deseo ardiente, permanente y continuo de Nuestro Señor de salvar

¿Cuál penitencia debemos hacer y considerar con ocasión de la Navidad? ¿Cuál gracia debemos pedir en esa ocasión?

Nuestro Señor Jesucristo, en la noche de Navidad, nació con la intención de hacerse conocido por los hombres y de llevarlos a Dios, de diseminar la virtud en la Tierra, fundando la Iglesia Católica, su instrumento para la propagación de la virtud y para el combate al mal.

Como consecuencia de esa verdad, debemos prepararnos para la fiesta de Navidad seguros del ardiente, permanente y continuo deseo de Nuestro Señor de reconducir a todos los hombres a la vida eterna, de salvar a la humanidad, de renovar las condiciones espirituales del mundo, a fin de facilitar el camino al Cielo. Por eso celebramos la fiesta del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Ocasión de una gran amnistía

Las almas que acompañan la Navidad con piedad tienen medios para percibir eso. Al mismo tiempo, hay una especie de sensación en todo el mundo de renovación, de esperanza, de un gran perdón, y eso, a mi modo de ver, sin lo sobrenatural no existiría.

Es imposible no sentir en la noche de Navidad cómo el Cielo se vuelve más cercano a la Tierra. Hay como una amnistía, como un inmenso perdón para los hombres. Nuestro Señor hace tabla rasa del pasado y aparece a los hombres pecadores como un niño pequeño, frágil. Por lo tanto,



Flavio Lourenço

Apostolado de San Juan Bautista – Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona

no propenso al castigo, por el contrario, tendiente a la sonrisa, al perdón, a la misericordia, invitándonos a enternecernos a propósito de Él, a tener compasión de Él y prometiendo así su compasión hacia nosotros.

La Navidad viene con la sensación de que todo un pasado errado tiene oportunidad de ponerse al día, una vida torcida tiene ocasión de enderezarse y hay gracias de suavidad, de dulzura, de bondad para todas las almas que se acercan al Pesebre en esa ocasión.

Por lo tanto, para prepararnos debemos colocar eso delante de nuestros ojos: por peor que sea la situación del mundo, por más triste que sea la situación de la Iglesia, nosotros, al menos en nuestra vida espiritual individual, tenemos esa posibilidad de recibir, en esa ocasión, un gran perdón, una gran amnistía y la renovación de todas las condiciones de nuestra vida espiritual, la apertura de una era nueva, desde que participemos de la Navidad santamente y con buenas disposiciones. Y entonces, desde hoy, dispongamos nuestra alma para eso.

Cómo prepararse para la Navidad

El modo de prepararnos consiste, ante todo, en recurrir a Nuestra Señora. Porque Ella, por voluntad de Dios, es Medianera de todas las gracias. Nuestras oraciones llegan a Nuestro Señor Jesucristo por medio de Ella, así como también los atendimientos "bajan" de Nuestro Señor Jesucristo a nosotros por medio de Ella.

Por lo tanto, lo primero que debemos hacer es volver los ojos a Nuestra Señora pidiendo que prepare nuestra alma por la confianza, haciéndonos degustar anticipadamente esa suavidad extraordinaria de la Navidad; haciéndonos comprender que un pasado malo, de infidelidad, de falta de correspondencia, puede ser recuperado por un gran perdón de la noche de Navidad, y para eso vendrán gracias extraordinarias, no merecidas, que van a rectificar nuestra vida. Nuestra Señora es quien nos prepara para recibir y corresponder a esas gracias. Con ese espíritu nos volvemos a Ella.

El Evangelio narra que San Juan Bautista se estremeció de alegría cuando oyó la voz de Nuestra Señora. Ella fue quien preparó para Cristo a aquel que era llamado a preparar a todos los hombres para Cristo. A partir de eso se comprende cómo una palabra de Nuestra Señora es capaz de santificar.

Pidamos a Ella que hable en el interior de nuestras almas y nos prepare para la Santa Navidad según esas disposiciones, colocándonos en una atmósfera de penitencia, de recogimiento, de contrición de nuestros pecados, para la comprensión de la misericordia y del perdón que necesitamos, y que vamos a recibir por su favor.

Nuestra primera meditación sobre la noche de Navidad sería esa. ❖

(Extraído de conferencia del 16/12/1969)

---

1) No disponemos de los datos de esa ficha bibliográfica.



Flávio Lourenço

Visitación – Museo Diocesano de Santa Afra, Augsburgo, Alemania



Friedrich Kaulbach (CC3.0)

Coronación de Carlomagno Maximilianeum, Múnich

Posición de lucha y seriedad en las tiernas alegrías de la Navidad

Hay un verdadero abismo entre la comprensión actual de la Navidad y la de los pueblos antiguos. Éstos tenían la concepción religiosa, varonil y profunda del papel de Jesucristo como punto de partida de toda obra llamada a perdurar; el mundo moderno, por el contrario, sin aspirar a lo sobrenatural, lo reduce a un espíritu laico e igualitario y a un febril cambio de regalos.

En el texto siguiente, D. Guéranger[1] enuncia un pensamiento muy bonito: Nuestro Señor quiso marcar, en la memoria de los pueblos, el día de la Santa Navidad con hechos que, en relación con nuestra proporción humana son enormes, aunque todo lo que exista, por mayor que sea, es infinitamente menor que el nacimiento del Hijo de Dios.

El día de la Navidad y las conquistas de nuevos pueblos

A fin de grabar más profundamente la importancia de un día consagrado en la memoria de los pueblos cristianos de Europa. De los preferidos en los caminos de la Divina Misericordia, el Soberano Maestro de los acontecimientos quiso que el reino de los francos naciera el día de Navidad del 496 cuando, en el baptisterio de Reims, en medio de las pompas y de las solemnidades, Clodoveo "el duro sicambro[2] ", volviéndose dulce como un cordero, fue sumergido por San Remigio en la fuente de la salvación, de la que salió para inaugurar la primera monarquía católica entre las nuevas monarquías, este reino de Francia, como alguien dijo: el más bello "después del Reino del Cielo".

Un siglo después, en 597, exactamente 101 años después, fue la vez de la raza anglosajona: el apóstol de la isla de los bretones, el monje San Agustín, avanzaba en la conquista de las almas después de haber convertido al verdadero Dios al Rey Etelberto. Dirigiéndose a York, allí predicó la palabra de la vida a un pueblo entero, el cual se unió para pedir el Bautismo. El día de Navidad fue marcado para la regeneración de esos nuevos discípulos de Cristo.

También, en el día de su nacimiento, Cristo cuenta con una nación más bajo su imperio. Otro nacimiento ilustre debería embellecer aún este feliz aniversario. En Roma, en la Basílica de San Pedro, en las solemnidades de la Navidad del año 800, nació el Sacro Imperio Romano, al que estaba reservada la misión de propagar el reino de Cris-

to en las regiones bárbaras del Norte y de mantener la unidad europea bajo la dirección del Pontífice Romano. En ese día, San León III colocaba la corona imperial sobre la cabeza de Carlomagno y la tierra sorprendida volvió a ver el reino de César en un Augusto, ya no sucesor de los Césares y Augustos de la Roma pagana, sino revestido de ese título glorioso por el vicario de Aquel a quien llamamos en las profecías, el Rey de los Reyes y el Señor de los Señores.



James William Edmund Doyle (CC3.0)

San Agustín de Canterbury predicando al Rey Etelberto y su corte

Nacer para la vida sobrenatural en el día de Navidad

El autor acentúa la fundación de tres grandes monarquías, de las cuales la mayor es sin duda la de Carlomagno, el Imperio Romano de Occidente que renace. La Providencia quiso que esto se realizara en el día de Navidad, para ilustrar, con acontecimientos más recientes, esta fecha de carácter eterno.

Por otro lado, sin embargo, hay que considerar que la idea de marcar el comienzo de cierta obra en el día de Navidad contiene en sí algo muy profundo. Porque Nuestro Señor es el Camino, y todo camino que no tiende a Él es un desvío; Él es la Verdad, y toda verdad que no se armoniza, o que no sea una parte de Él, es un error; Él es la Vida, y toda vida que no nazca de esta vida es muerte.

Por lo tanto, era natural que un pueblo comenzara el nuevo curso en el orden de la verdad, en el orden de un camino y de la nueva vida sobrenatural, en el día del nacimiento de Aquel que es el Hombre-Dios, de Aquel que nos creó, nos redimió, nos salvó.

Qué hermoso es inaugurar en Navidad un reino, antiguamente pagano, que antes erraba por los caminos de la barbarie, entrar en las vías de la civilización, tomando un nuevo camino, que es Jesucristo. Un reino que vivía en el orden del pecado y alejado de la gracia de Dios y que, por el bautismo, nace para la vida sobrenatural. ¡La verdad, el camino y la vida de un pueblo se inauguran en un día de Navidad!

Sentido religioso varonil, basado en la fe

Estos episodios indican bien cuánto había de profundamente religioso en el pensamiento de los hombres antiguos y cómo su sentido de la religión no era superficial, hecho de pequeñas prácticas, de breves saludos a los Santos; de gente que pasa por la iglesia, hace unas genuflexiones ante el Santísimo medio arrugadas, oxidadas, con aire abobado.

Florecía en ellos una religión varonil, hecha no solo de surcos de sentimientos, que tienen su papel, pero no son el factor principal. El elemento determinante es la fe y su debida profundización por la meditación y la oración, con todas las consecuencias lógicas, de manera que se forme un edificio intelectual mental sólido, estructurado, duradero, resistente a todos los embates y llegando hasta el final.

Esta es la verdadera formación religiosa basada en la fe, de la que se origina un raciocinio pujante, capaz de llegar a las últimas consecuencias en el orden del pensamiento; de la cual nace una voluntad fortalecida por la gracia, capaz de sacar todas las consecuencias en el orden de la acción.

Es, pues, de esta concepción profunda del papel de Jesucristo, como punto de partida de todo y, por lo tanto, de la vida de los reinos y de las naciones, de donde se impulsaba el "bautismo" de una nación, su inicio, su regeneración, ¡en la noche sacrosanta de Navidad!

Reviviendo las Navidades de antaño...

Ahora bien, cuando pasamos de estas consideraciones a la Navidad, a la que en pocos días asistiremos, nos conviene hacer algunas consideraciones a título de "Ambientes y Costumbres". [ndr. Artículos del Dr. Plinio en los que discernía los principios que subyacen en el arte, los ambientes y las modas]

Pensemos en la pequeña ciudad medieval de Reims, con sus calles tortuosas y sinuosas, con una población que reside en pequeñas casas cerca de la catedral, la cual ya tiene algún tamaño, pero que será reemplazada posteriormente por el edificio gótico. Imaginemos a los pueblos –acostumbrados a dormir temprano– levantándose durante la noche, en una especie de epopeya, para ir a la Misa de Gallo.

Imaginemos también, aún cerca de la conversión de Clovis, a los francos recién convertidos que recorren las calles rezando y cantando, para ir a la iglesia a celebrar la Navidad; pensemos en la Navidad de Inglaterra, cien años después, o en la romana de otros cien

o doscientos años después, cuando el pueblo acudió a la Basílica de Letrán, para ver al Papa coronar a Carlomagno como Emperador.

Reflexionemos en ese Imperio que nace, en ese hombre de estatura fabulosa, Carlos Magno, venerado como santo en varios lugares de Europa; pensemos en el Papa San León III, que lo corona y le lleva de la mano a un balcón, desde donde será aclamado por el pueblo...

Navidad laica y comercial de nuestros días

Cómo todo esto es diferente de la Navidad de nuestros días, completamente comercializada, transformada en ocasión para promoción de ventas, en un intercambio febril de regalos; ya hay tiendas que tienen un departamento especializado. Se llama y se dice:

— Señor Fulano, aquí hay tres cajas de whisky reservadas para Ud. ¿Quiere que las envíe a su casa?

— ¡No! mándelas a Fulano o Sutano.

Ese producto, sin salir de la caja, circula como una especie de whisky telefónico o de papel, sigue perteneciendo a varias personas sin haber pertenecido a nadie. Y sin duda terminará en la tienda el día de Navidad, si no, en el estómago de un borracho…

Es una Navidad laica, en la que las manifestaciones religiosas son puestas de lado, en la que se escucha un golpe de carrillones transmitido por la radio en una atmósfera dulcísima, como la de ciertas entidades filantrópicas de "hombres de buena voluntad", en las que no se siente el brote de fe de la Edad Media. Es una especie de Navidad "de engaño", sin apetencia del Cielo, del absoluto, sin aspiración a lo sobrenatural, pero toda ella organizada para llevar una "vidita tranquila" en esta Tierra.

Hay un verdadero abismo entre ambas concepciones de la Navidad y debemos tener esto en vista para protestar y afirmar en nuestro interior una atmósfera profundamente opuesta. ¿Cuál?

Verdadera postura frente a la Navidad de nuestros días

Es una atmósfera de alegría, porque el Niño Jesús nació; pero también de tristeza por el hecho de que todo sucede como si quisieran matarlo otra vez. Basta considerar los acontecimientos en Roma, la situación de Occidente, este último suspiro de la Civilización Cristiana que estamos viviendo. No podemos asociarnos a este espíritu laico e igualitario.

Tenemos que llevar en el interior de nuestra alma la Navidad de Clodoveo, de San Remigio, de Carlomagno, de San León III. ¿Y cómo es esa Navidad? Es una consideración seria del misterio de la Natividad, un entendimiento de la enorme gracia que nos fue dada, de los deberes que Ella nos trae y del propósito de luchar. Porque, "el que me ama, ama al que me ama y odia al que me odia." ¡De eso no hay escapatoria!

Así como no creo que sea mi amigo un hombre que se enternece conmigo, pero al verme injuriado, no me defiende contra quien me agredió y no luche contra él, así tampoco creo que Nuestro Señor tenga razón para tomar como seria nuestra ternura –aunque sea la legítimamente tierna de la Navidad–, si nuestro corazón no está lleno de tristeza, de la deliberación de atacar y luchar por lo que se hace contra Él y contra el Reino de María. Es esta seriedad y esta tristeza, la que debemos pedir al Niño Jesús, por medio de la Santísima Virgen, en la Misa de Gallo.

Pidamos tener una Navidad de Cruzados y no aquella caricaturescamente llamada "la Navidad de los hombres de buena voluntad." ❖

(Extraído de conferencia del 23/12/1965)

---

1) DOM PRÓSPERO GUÉRANGER – Abad de Solesmes, El Año Litúrgico, Vol. I - ADVIENTO Y NAVIDAD, Burgos, 1954 - Editorial Aldecoa

2) Sicambro: Dicho de una persona: De un pueblo que habitó antiguamente en la Germania septentrional, cerca del Rin, y después pasó a la Galia belga, donde se unió con los francos. Usado también como sustantivo.



G.Garitan (CC3.0)

Bautismo de Clodoveo – Galerías Históricas del Palacio de Versalles

Santoral


Samuel Holancia

San Habacuc

1. San Leoncio, obispo (+c. 433). Primer obispo conocido de la diócesis de Fréjus. Apoyó la fundación monástica de San Honorato, en la isla de Lérins, Alpes marítimos franceses.

2. San Habacuc, profeta (+Antiguo Testamento). Octavo Profeta Menor; profetizó el cautiverio de su pueblo, la ruina del imperio de los caldeos y la libertad otorgada por Ciro a los judíos; hace mención a la liberación del género humano, dada por Nuestro Señor.

3. San Francisco Javier, presbítero (+1552).

4. San Félix de Bolonia, obispo (+431/432). Ejerció el ministerio de diácono en Milán, durante el episcopado de San Ambrosio a cuyo óbito asistió.

Santa Adrehildis (o Ada) de Le Mans, abadesa (+d. 692). Dirigió el monasterio de Santa María de Le Mans, en Neustria, actual Francia.

5. San Sabas, abad (+532). Nasció en Capadocia. Se retiró al desierto de Judea. Con el tiempo, instituyó un nuevo estilo de vida religiosa eremítica en siete monasterios del lugar donde estaba, llamados "lauras", que reunían a los religiosos eremitas bajo la dirección de un superior. Resplandecía su santidad y era ejemplo para los demás, ardoroso luchador por la Fe en Calcedonia.

6. Santa Victoria, mártir (+s. V). Martirizada junto a un grupo, entre los cuales estaba Santa Dionisia y su hijo Mayórico, durante la persecución de los Vándalos, en África Septentrional, en el tiempo de Hunerico, rey arriano.

7. Segundo Domingo de Adviento

San Ambrosio, obispo y Doctor de la Iglesia (+397).

San Juan el Silencioso (o Hesicasta), monje (+558). Renunció al episcopado de Colonia, en la antigua Armenia, optando por llevar una vida de monje en la Laura de San Sabas, donde sirvió con humildad a los hermanos y en austera soledad y silencio.


Flávio Lourenço

San Eucario

8. Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María.

San Eucario, obispo (+s. III). Considerado el primer prelado de la sede episcopal de Tréveris, en la Galia Belga, actual Alemania.

9. San Juan Diego Cuauhtlatoatzin, (+1548). Indígena vidente de Nuestra Señora de Guadalupe.

10. Bienaventurada Virgen María de Loreto.

11. San Dámaso I, papa (+384). En tiempos muy difíciles, reunió numerosos sínodos para defender la Fe en Nicea, contra los cismas y diversas herejías. Animó a San Jerónimo a traducir las Sagradas Escrituras al latín. Adornó los sepulcros de los mártires colocando variadas inscripciones, como un gesto de honor a ellos.

12. Nuestra Señora de Guadalupe. Emperatriz de América.

Beato Tiago Capocci, obispo (+1308). Era eremita de San Agustín, cuando fue llamado a dirigir la Iglesia de Benevento y posteriormente la de Nápoles; ejerció su gobierno con sabiduría, buena doctrina y prudencia. Tuvo gran desempeño en la canonización de San Pedro Celestino.

13. Santa Lucía, virgen y mártir (+304/305). Martirizada en Siracusa, Sicilia.

Beato Juan (Francisco) Marinoni, presbítero (+1562). Perteneció a los Tetainos, colaboró con San Cayetano, en la reforma del clero y en el apostolado para la salvación de las almas.

14. Tercer Domingo de Adviento. (GAUDETE).

San Juan de la Cruz, presbítero y Doctor de la Iglesia (+1591).


Flávio Lourenço

Santa Eugenia

* Diciembre *

Beato Protasio (Antonio Cubells Minguell), mártir (+1936). Religioso de la Orden de San Juan de Dios. Asesinado por odio a la Iglesia Católica, durante la persecución religiosa en la Guerra Civil en España.

15. San Valeriano, obispo (+d. 460). Obispo de Avensa, en África Septentrional. Ya tenía más de ochenta años de edad, cuando la persecución de los Vándalos. El rey arriano Genserico le pide que entregue los vasos sagrados y demás objetos de valor, pero él no lo hizo, entonces lo condenan a vivir en las calles a cielo abierto. Terminó sus días como Confesor de la Fe verdadera.

16. San Adán, obispo (+875). Como homenaje al honor de los mártires, redactó un Martirologio.

Beata María de los Ángeles (Mariana Fontanella), virgen (+1717). Pertenecía a la Orden de las Carmelitas; insigne por su vida de penitente y obediencia.

17. San Lázaro de Betania, hermano de Marta y María. Resucitado por Jesús.

18. Santos Nanfamo, Míginio, Sanámis y Lucita, mártires (+ fecha incompleta). Se sabe, por una carta del pagano Máximo de Madaura dirigida a San Agustín, que el pueblo católico les tenía a esos mártires gran veneración.

19. San Gregorio de Auxerre, obispo (+s. VI). Duodécimo obispo de Auxerre, Francia, diócesis marcada por el ejemplo de su santidad.

20. San Filogonio, obispo (+324). Era abogado en ejercicio, cuando Dios lo llamó a ser obispo de Antioquía. De los primeros en enfrentar doctrinariamente los errores de Arrio, junto al obispo San Alejandro y compañeros. Hecho que celebra San Juan Crisóstomo, en un elocuente panegírico.

21. Cuarto Domingo de Adviento.

San Pedro Canisio, presbítero y Doctor de la Iglesia (+1597).

Beato Pedro Friedhofen, religioso (+1860). Después de pasar por diversas vicisitudes, fundó en Weitersburg, Alemania, la Congregación de los Hermanos de la Misericordia de María Auxiliadora.

22. Santa Francisca Javier Cabrini, virgen (+1917).

Cuarenta y tres monjes santos, (+c. s. IV). Se conmemoran en Rahiti, Egipto, estos héroes de la Santa Iglesia Católica, martirizados por los blemios, nómadas de esa región, por odio a la fe cristiana.

23. San Torlaco, obispo (+1193). Gobernó la diócesis de Skálholt, Islandia; su mayor empeño: la reforma de costumbres del clero y la sociedad.

San Juan Cancio (o de Kenty), presbítero (+1473). Durante muchos años fue docente en la universidad de Cracovia. Asumió el ministerio pastoral de la parroquia de Olkusz, donde asoció a sus grandes virtudes el testimonio de una fe recta. Para sus colaboradores y discípulos, fue ejemplo de piedad y caridad con el prójimo.

24. San Gregorio de Spoleto, mártir (+303). Muerto por negarse a sacrificar a los dioses romanos durante la persecución de Diocleciano.

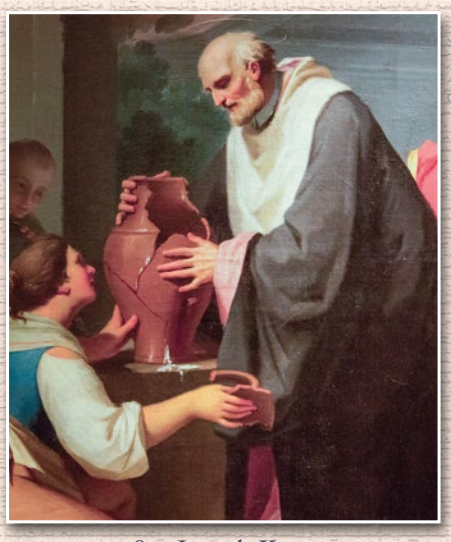
25. Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Santa Eugenia, mártir (+s. III/IV). Probablemente en los tiempos del emperador Valeriano, fue martirizada. La enterraron en el cementerio, junto a la Vía Latina.

26. San Esteban, diácono y protomártir (+s. I).

San Zenón, obispo (+d. 400). Gobernó la diócesis de Maiuma, Palestina. Edificó una basílica dedicada a los santos mártires Eusebio, Nestabio y Zenón, que eran primos suyos.

27. San Juan, Apóstol y Evangelista (+s. I)



San Juan de Kenty

28. Sagrada Familia de Jesús, María y José, modelo de familia cristiana.

Santos Inocentes, mártires (+s. I). Recordamos los niños de Belén y cercanías, masacrados por orden de Herodes.

29. Santo Tomás Becket, obispo y mártir (+1170).

San Trófimo, obispo (+s. III). Primer obispo de la diócesis de Arlés, Provenza, en la región inicialmente llamada Galia, conquistada por Julio César, hoy, Francia.

30. San Bernardo de Rebolledo y Juan de Luna, mártires (+1400). Pertenecían a la Orden religiosa de los Mercedarios. Navegaban en aguas marítimas, cerca de las costas africanas, rumbo al lugar de la misión apostólica, cuando fueron abordados por piratas; hechos cautivos, los llevaron a Marsella y ahí, torturados hasta morir.

Beata Eugenia Ravasco, virgen y fundadora (+1845). Natural de Milán, fundadora del Instituto de las Hermanas Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

31. San Silvestre I, papa (+335). Gobernó la Iglesia en tiempos de la paz otorgada por el Emperador Constantino I. De los primeros santos canonizados sin sufrir el martirio.

Súper excelencia de la misión del Discípulo amado



Gabriel K.

San Juan Evangelista
Hermandad del Santísimo Sacramento, Sevilla

San Juan Evangelista es el Apóstol de la dedicación, de la fidelidad, de la pureza y del amor. Por su fidelidad al pie de la cruz, tuvo el honor de recibir a Nuestra Señora como su Madre. Esta gracia le allanó el camino para muchas otras, como las grandes visiones en la isla de Patmos.



Flávio Lourenço

La madre de Santiago y San Juan intercede ante Jesús por sus hijos – Museo de Bellas Artes, Grenoble, Francia

Este mes, la Iglesia celebra la festividad de San Juan Evangelista. D. Guéranger[1] dice lo siguiente sobre él:

Camino al martirio

En su ambición materna, Salomé había presentado a sus dos hijos a Jesús, pidiendo para ellos los primeros lugares en su Reino.

El Salvador habló entonces del cáliz que debían beber y profetizó que un día estos dos discípulos lo beberían a su vez. El mayor, Santiago, uno de los apóstoles, fue el primero en dar a su Maestro la señal de su amor.

Juan, el joven, también fue llamado a dar testimonio de la divinidad de Jesús con su vida. Pero el martirio de semejante apóstol requería un escenario digno de él. Asia Menor, evangelizada por sus cuidados, no era un lugar lo suficientemente ilustre para la gloria de semejante luchador. Roma, solo Roma, donde Pedro había establecido su sede y derramara su sangre, donde Pablo había inclinado la cabeza ante la espada, merecía el honor de ver entre sus muros al augusto anciano, el discípulo amado por Jesús, el único superviviente del Colegio Apostólico, que se encaminaba al martirio.

Sumergido en aceite hirviendo, rejuvenece milagrosamente

Cuando fue llevado a Roma, ya era muy anciano, por lo que se dice que era un venerable anciano que iba a Roma a sufrir el martirio.

Juan compareció ante el tribunal romano en el año 95. Era acusado de haber propagado, en una vasta provincia del Imperio, el culto a un judío crucificado bajo Poncio Pilato. Él debe perecer, y la sentencia concluye que una tortura vergonzosa y cruel librará al Asia de un viejo y supersticioso rebelde.

El predicador de Cristo debía ser sumergido allí en aceite hirviendo. Ha llegado la hora de que el hijo de Salomé participe del cáliz de su Maestro. El corazón de Juan se regocija. Tras infligirle una cruel flagelación, los verdugos colocan al anciano en el lugar del suplicio.

Pero, ¡oh cosa prodigiosa! El aceite hirviendo ha perdido su calor; ningún sufrimiento afecta las extremidades del Apóstol. Cuando fue liberado de esta tortura, había recuperado todo el vigor que los años le habían arrebatado.

Imaginemos qué hermosa escena: un anciano, con un rostro venerable y virginalmente puro como el de San Juan, un anciano con barba y cabellos blancos, con un espíritu muy contemplativo, con un aire a la vez varonil y



Flávio Lourenço

Martirio de San Juan Evangelista – San Lorenzo de Morunys, España

angelical, todo encorvado y golpeado por los años, entra en un caldero de aceite. Las personas a su alrededor quedan a la expectativa: "Ahora el viejo se desintegrará ahí dentro".

De repente, el aceite deja de hervir y cesa el tembloroso sonido de las burbujas. El Apóstol, aunque con el pelo blanco y algunos rastros de la vejez, emerge rejuvenecido del caldero. Ha recuperado todo el vigor de la juventud en el esplendor de la madurez y de la ancianidad. Desciende del caldero y camina con paso ufano, y, como veremos en breve, más tarde va a Patmos, donde tuvo las visiones del Apocalipsis.

Imaginemos también la reacción de asombro de todos. Nadie ha logrado jamás retroceder el tiempo; sin embargo, este anciano lo consigue, preservando la venerabilidad en la juventud.

Naturalmente, los soldados lo arrestan. Camina con ellos, a paso marcial, hacia la prisión, dejando a todos atónitos tras él. ¡Una victoria espectacular, lapidaria y completa!

Una promesa llena de misterios

Ahora bien, no podemos olvidar que, tras la Resurrección del Señor, San Pedro preguntó a Jesús cuál sería el destino del discípulo amado, a lo que Nuestro Señor misteriosamente respondió: "¿Qué te importa si quiero que permanezca hasta mi venida?". Y luego el Evangelio continúa: "Por eso corrió entre los hermanos el rumor de que aquel discípulo no moriría" (Jn 21, 22-23).

En mi opinión, el tema tendría su explicación más detallada y más completa si asumimos la siguiente perspectiva. Supongamos que, por alguna razón, ya existía la sospecha entre los discípulos de que San Juan Evangelista tendría una actuación muy larga para el futuro, de ahí la pregunta: ¿él entonces no morirá? Y relacionaron ambas cosas.

Pero Nuestro Señor distinguió las dos preguntas. Él dijo a San Pedro lo siguiente: "¿Y si yo quisiera que él perma-

neciese hasta que yo venga? No quiero decir si habrá de morir o no. ¿Por qué te incumbes con eso y haces esa pregunta?" Desde esta perspectiva, parece que los apóstoles estaban más interesados en saber si San Juan moriría, que en saber si permanecería o no en la tierra por mucho tiempo. Para los apóstoles, el problema debió ser mucho mayor, pues probablemente temían morir y pensaban: "¿Éste va a ser un afortunado que no muere?". Lo cual, desde su perspectiva, es comprensible.

Por lo tanto, San Juan, en su Evangelio, consideró la hipótesis de que permanecería y se mantuvo más o menos al margen de la discusión.

El único Apóstol coronado con el martirio de deseo

Continúa la ficha:

La crueldad del Pretorio fue vencida, y Juan, mártir del deseo, permaneció para la Iglesia unos años más.

Hay una cosa muy bonita aquí. En el caso de San Juan, se da una especie de triunfo de la confianza. Porque la gracia del martirio y la resistencia a él es una gracia especial que se concede a quienes son llamados a ello. Es posible que no se le concediera la gracia de enfrentar esa situación y, por lo tanto, fuese hacia el caldero de aceite caliente, con un miedo terrible, pero confiado en que no sería quemado.

San Juan Evangelista sabía que aún tenía una misión que cumplir. Era natural, por un lado, que quisiera morir, pero por otro, que no lo quisiera. Había deseado ardientemente el martirio y había tenido todo el valor para afrontarlo. Pero, sin ser martirizado, se produjo el milagro, y emergió de allá dentro con la corona del martirio de deseo para el cumplimiento de su misión.

Una misión que supera las del Antiguo Testamento

Un decreto imperial lo exilió a la isla de Patmos, donde el Cielo debe revelarle el destino futuro del cristianismo hasta el fin de los tiempos.

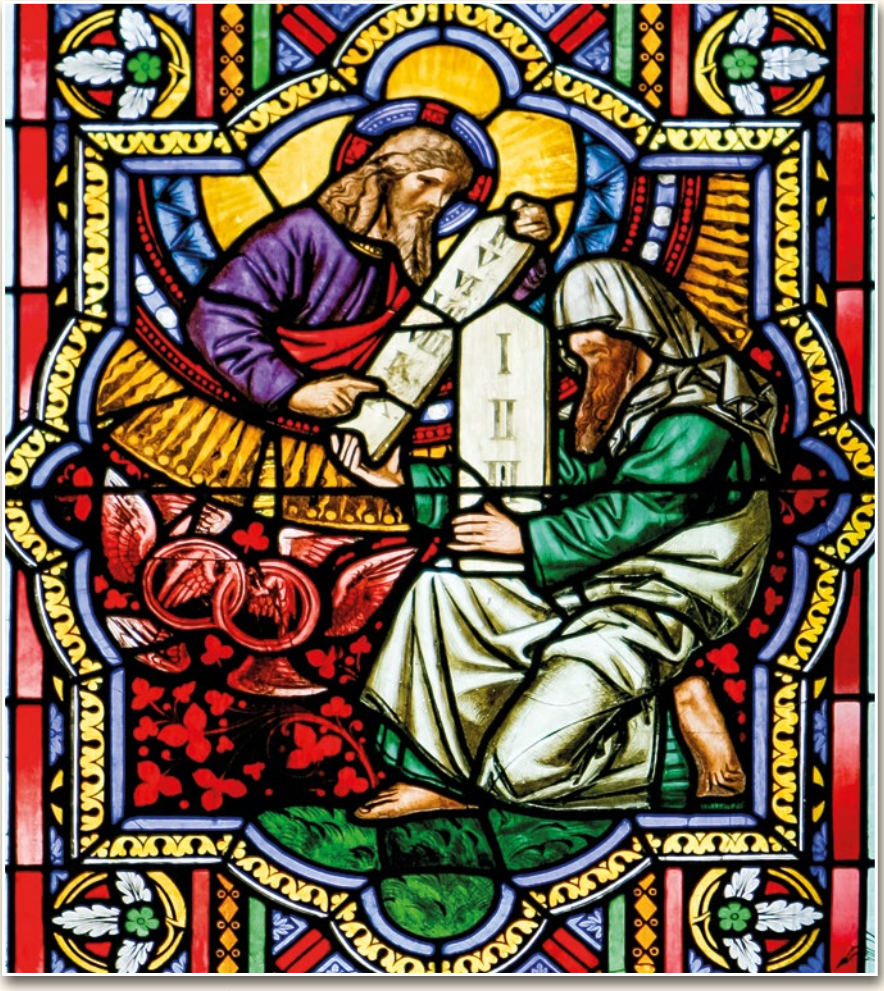
Entonces, San Juan llega a Patmos, una pequeña isla en medio del Mediterráneo. Allí, su vida alcanza su verdadero apogeo; el cielo se abre y comienzan todas las visiones del Apocalipsis. Es el fin último de la unión de esta alma extraordinaria con Dios.

Sin embargo, para la gente común, el Apocalipsis, por ejemplo, no figura en la fisonomía moral ni en la psico-iconografía de San Juan. Sabemos que el Apocalipsis existe, pero es un libro misterioso, tan complejo y estruendoso, tan fuera de los límites comunes de la dulzura, que no vale la pena detenerse en él, pues es un libro destinado más a ser interpretado en el momento en que se desarrollan los acontecimientos, que con antelación. Y por eso es misterioso.

Quizás porque la hora de la Providencia aún no ha llegado, la iconografía no suele representar a San Juan recibiendo visiones en la isla de Patmos. Es más fácil representar, por ejemplo, a Enoc o Elías recibiendo una visión en la isla de Patmos, de pie, en una actitud grandiosa. ¡Sería algo fabuloso!

Ahora bien, ésta no es la postura en la que se encuentra San Juan Evangelista. En mi opinión, debido a cierta inversión de valores en nuestras mentes, resultante de la forma en que nos es presentado el Nuevo Testamento, San Juan se presenta menos extraordinario que ciertas figuras del Antiguo Testamento.

Moisés, por ejemplo, recibiendo las tablas de la Ley, nos parece más



Samuel Hollanda

Moisés recibe las Tablas de la Ley – Catedral de Colonia

majestuoso que San Juan Evangelista reclinando la cabeza sobre el pecho de Nuestro Señor, o comulgando, o diciendo de sí mismo: "el discípulo a quien Jesús amaba". ¡Sin embargo, son cosas fantásticas! ¿Cómo es que San Juan, al pie de la cruz, recibiendo a Nuestra Señora como su Madre, es menos que Moisés recibiendo la Ley en el Monte Sinaí? ¡Es un disparate! Al fin y al cabo, las cosas son grandiosas en cuanto se relacionan con Nuestro Señor.

San Juan era el discípulo amado; había reclinado su cabeza sobre el pecho de Nuestro Señor el Jueves Santo, y por ello tuvo el incomparable privilegio, después de Nuestra Señora, de ser el primer devoto del Sagrado Corazón de Jesús, escuchando los latidos de su corazón que, en esa hora, latían de amor por todos los hombres.

Después, ¡ay!, cometió el horror que conocemos: durmió en el Huerto de los Olivos y también huyó. Pero él era el Apóstol virgen, y las almas vírgenes, incluso en sus situaciones más tristes, encuentran los recursos y la fuerza para cumplir con el deber que, infelizmente, las almas no vírgenes no encuentran. Por otro lado, Dios protege y atrae a las almas vírgenes hacia sí. Ciertamente, por consideración a la virginidad de San Juan, Nuestra Señora obtuvo que él fuese llamado.



Flávio Lourenço

Última Cena - Museo Unterlinden, Colmar, Francia



Flávio Lourenço

Oración en el Huerto - Museo Diocesano, Freising, Alemania

En el auge del amor, San Juan recibió el auge de la recompensa

Pues bien, en lo alto del Calvario, el discípulo del amor estaba representando un auge. Por lo tanto, tuvo el honor no solo de estar en el auge del amor en ese momento, sino también de representar a todos los Apóstoles y evitar que la vergüenza del Colegio Apostólico fuese completa.

Y en ese auge de amor, San Juan recibió el auge de la recompensa. Porque no puede haber don mayor que recibir a Nuestra Señora como regalo. Cuando Nuestro Señor dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", y después le dijo a él: "Ahí tienes a tu Madre", recibió un don inestimable.

¿Puede alguien imaginar su valor? Infinitamente abajo de Dios, pero insondable e incalculablemente superior a todas las demás criaturas, se encuentra María Santísima. No hay palabras para expresar lo que significa recibir a Nuestra Señora como regalo. Ella es el canal de todas las gracias, Ella es la obra maestra de Dios.

Flávio Lourenço



Calvario - Convento del Espíritu Santo, Toro, España

Algunos comentaristas afirman que San Pedro, de haber estado presente, habría recibido a Nuestra Señora, pues Ella era un tesoro tal que debería haber estado con la cabeza de la Iglesia. Pero esto no sucedió.

En cualquier caso, un hecho es positivo: si Nuestra Señora fue dada como Madre a Juan fue porque era el discípulo casto, era el discípulo a quien Nuestro Señor amaba, pero también porque él fue el único apóstol fiel que permaneció en el Calvario cuando ningún otro apóstol estaba presente. Es natural que, en estos momentos de ausencia de tantos apóstoles, Nuestra Señora sea dada como Madre a quienes están al pie de la Cruz.

Y estar al pie de la Cruz significa ser fiel a la verdadera ortodoxia de la Iglesia Católica; significa ser esclavo de Nuestra Señora en estos días, cuando nadie quiere oír hablar de esclavitud, de dedicación, de fidelidad, de pureza, de amor ni de nada de eso; al contrario, prefieren oír hablar de las cosas de la Revolución.

Tenemos este aspecto común con San Juan Evangelista: Nuestra Señora nos fue dada de una manera muy especial, porque nos obtuvo la gracia de estar entre los poquísimos que están al pie de la Cruz.

Misteriosas relaciones de alma entre Madre e hijo

San Juan recibió a Nuestra Señora como su Madre y él, inmediatamente, comenzó a tratarla como un hijo. Pues, dice el Evangelio, desde ese momento acogió a María en su hogar; y no solo en su casa, sino en su familia. Nuestra Señora comenzó a actuar como un miembro más de su familia. Entonces comenzaron las misteriosas relaciones de alma que esta adopción creó, las cuales, yo creo, están profundamente conectadas con la Sagrada Esclavitud de San Luis Grignion de Montfort.

El Apóstol virgen tenía una excelente, insondable y misteriosa relación de alma, a través de la cual se vinculó con Nuestra Señora, de una manera que ni siquiera podemos comprender. Por lo tanto, es más que lícito imaginar lo siguiente: en todas las etapas de su vida, mantuvo esta intimísima unión con Ella.

Así, por ejemplo, en el momento en que San Juan fue sumergido en el aceite hirviendo, mantuvo la mirada y el pensamiento fijos en Nuestra Señora. Quién sabe, quizá, si en el momento en que el aceite dejó de crepitar, Nuestra Señora se le apareció en el Cielo sonriéndole. En todo caso, como el rejuvenecimiento fue una gracia, sin duda le llegó de manos de María.

Y esto allanó el camino para una gracia mucho mayor: completar su vi-

da contemplativa al recibir las grandes visiones en la isla de Patmos.

Podemos imaginarlo navegando por el Mediterráneo en un pequeño barco, acompañado por los soldados que lo rodeaban; desembarcando en esa isla, comenzando a rezar a Nuestra Señora y, por su intercesión, recibiendo aquellas maravillosas revelaciones.

Dado que entre estas visiones se encuentran revelaciones sobre el fin de los tiempos y sobre la historia de la Iglesia, es muy probable que los días actuales se presentaran ante los ojos de San Juan. No es del todo imposible imaginar que también tuvo una visión de aquéllos a quienes Nuestra Señora habría de suscitar para luchar por su gloria en las tristezas de nuestros días.

San Juan murió de amor

Por último, tenemos otra ficha[2] sobre la muerte de San Juan Evangelista:

Juan oraba con los brazos extendidos, de pie junto a la sepultura. Echó su manto dentro de ella, bajó, se acostó y volvió a rezar.

Una gran luz descendió sobre él. Aún habló con sus discípulos. Éstos estaban junto a la sepultura, lloraban y rezaban. Entonces vi algo maravilloso: mientras Juan yacía allí, muriendo plácidamente, vi un resplandor sobre él, una figura luminosa parecida a él mismo emergiendo de su cuerpo como de un sudario y, desapareciendo en la misma luz y resplandor.

También vi que el cuerpo de Juan no estaba en la Tierra. Un espacio luminoso parecido a un sol apareció entre el este y el oeste, y lo veo allí como si intercediera por los demás, como si recibiera algo de arriba y se lo diera a los de abajo. Veo este lugar como perteneciente a la Tierra, pero está completamente elevado sobre ella. Nadie puede alcanzarlo de ninguna forma.

San Antonino narra estos mismos acontecimientos de la forma como los comenta Catalina Emmerich.

La tradición confirma lo que fue visto por la vidente al morir el santo.

San Agustín, San Gregorio de Tours, San Hilario, San Gregorio Nacianceno, San Alberto Magno, Santo Tomás de Villanueva y otros opinan que Juan sí murió, pero que su cuerpo fue retirado de la tierra y que ahora vive, como Enoc y Elías, para regresar al final de los tiempos a fin de predicar a las naciones.

Ésta fue la hermosa muerte de San Juan. No murió de enfermedad, ni siquiera de vejez, aunque había alcanzado una edad muy avanzada, sino por una como que deliberación de morir.

En otras palabras, era consciente, tenía conocimiento del momento en el que moriría y sabía que debía morir en un auge de amor. No de un amor sentimental e insensato, sino como nosotros entendemos el amor a lo absoluto. El Apóstol virgen murió en un auge de amor a lo absoluto, de amor a Dios, quien es la personificación de todo las cosas bellas, grandes y nobles; o, en otras palabras, de la belleza, la grandeza y la nobleza existentes en las cosas que Él creó. Así que, en este acto de amor a Dios, él iba a morir.



Flavio Lourenço

San Juan escribe el Apocalipsis – Iglesia de San Pablo, Valladolid, España

Flávio Lourenço



Predicación de San Juan Evangelista en la víspera de su muerte
Iglesia de San Lorenzo de Morunys, España

Seguramente San Juan Evangelista murió de amor, como Santa Teresa de Jesús. La plenitud del amor fue tan grande que el cuerpo ya no podía soportar la presión de este amor, y el alma se desprendió de él. Así que fue al sepulcro siendo un hombre sano. Llegó allí, colocó su manto en el sepulcro, luego entró él mismo, se acostó allí y comenzó a morir. Perteneciendo ahora más al mundo de los muertos que al de los vivos, comenzó a rezar. Sus discípulos, alrededor del sepulcro, lloran y rezan. Lloran porque perderán a su maestro; pero, por otro lado, rezan por la incomparable grandeza de la escena que presencian. Entonces, una luz desciende del cielo y cubre a San Juan Evangelista. Esta luz es, evidentemente, una gracia del Cielo, una acción especial de Dios, que lo envuelve por completo, y muere dentro de esta luz, bañado por esta acción de Dios.

En algún lugar, San Juan ejerce su oficio de mediador

Su cuerpo es visto por los discípulos desprendiéndose, como si él mismo saliese de dentro de algo que lo envuelve –Catalina Emmerich lo ve– . Pero entonces, en una región que recuerda mucho la doctrina de la mediación, él se eleva en el aire y todas las gracias le son dadas a él para ser distribuidas, y todas las peticiones le son dirigidas para llevarlas a Dios, naturalmente con la Virgen María como intermediaria.

San Juan resucitado, con su cuerpo glorioso, se encuentra en ese lugar donde su cuerpo también se unirá, a la manera de Enoc y Elías, quienes también se encuentran en un lugar desconocido, pero en la Tierra. Y en este alto lugar, el discípulo amado ejerce su papel de mediador. Entonces se cierne sobre toda la humanidad, y Nuestra Señora se cierne sobre él.

Tampoco es imposible plantear la hipótesis levantada por Anna Catalina Emmerick de que este lugar sea el mismo de Enoc y Elías, y que ellos tengan, por lo tanto, la incomparable alegría y el honor de conversar con San Juan, de tener una relación con él, un contacto en el que, sin duda, el evangelista le cuenta a Elías –quien fue, por así decirlo, el fundador, el gran precursor de la devoción a Nuestra Señora–, le cuenta todas las maravillas de su relación con Ella. Así, prepara al Profeta para el resto de la misión terrena que aún le queda por cumplir.

La figura de Enoc es muy misteriosa; se sabe poco sobre él, pero, naturalmente, si mi hipótesis es



Flávio Lourenço

El alma del Apóstol Virgen sube al Cielo – Iglesia de San Lorenzo de Morunys, España

cierta, San Juan también prepara a Enoc para su regreso.

Así, al recibir a Enoc y a Elías, recibiremos a dos profetas que compartieron miles de años con San Juan Evangelista y que ofrecen las doctrinas más sublimes y los conocimientos más extraordinarios.

Ahora, yo pregunto: ¿Podría ser que Enoc y Elías tuvieran la misión de revelar cosas que les dijo San Juan Evangelista? ¿No podría ser que muchas cosas no oficiales —que nunca pertenecieron a la Revelación oficial, por supuesto— pudieran ser comunicadas en esta ocasión, y llenarán de alegría a los fieles del fin de los tiempos, y dará a la Iglesia un contenido doctrinal, una perfección de conocimiento incomparable?



Flávio Lourenço

Visión de San Juan en la isla de Patmos – Museo Diocesano, Santarém, Portugal

Es algo que nosotros podemos y debemos admitir, y nuestra piedad debería complacerse con ello. No quiero decir que debamos aceptarlo como una certeza, sino como una posibilidad, pues es una de esas hipótesis piadosas que son buenas para el alma, y la verdadera piedad recomienda cultivarlas.

Pedidos al Apóstol amado

Así pues, en esta festividad de San Juan Evangelista, debemos pedirle una cosa; o, mejor dicho, él es tan grande que podríamos pedirle varias.

Una primera petición es la gracia de la devoción a Nuestra Señora. Que nos conceda compartir su devoción a Ella; que nos conceda una devoción llena de conocimientos arcanos y trascendentales, que pocos conocen, pero que las almas piadosas pueden conocer con la ayuda de la gracia de Dios.

En segundo lugar, pidamos que él, como modelo de pureza, nos conceda esa pureza trascendental que él también poseía.

En tercer lugar, pidamos ese don de intimidad con Nuestra Señora y Nuestro Señor, como él lo tuvo, que caracterizó su vida de piedad con una nota a la vez de suprema veneración, cercanía y calidez, haciendo de esta relación algo sumamente reconfortante. Es, por tanto, una piedad imbuida por completo de la virtud de la confianza.

Que Nuestra Señora nos conceda, por intercesión de San Juan Evangelista, esta confianza ciega en Ella, para que, si necesitamos una gracia, sepamos que, pidiendo por medio de Ella, obtendremos, aunque sea el apaciguamiento del aceite ardiente de las tribulaciones, los reveses y las pruebas, de las que toda alma se levanta con el apoyo de Nuestra Señora.

Y, finalmente, imploremos ese admirable amor de lo Absoluto, que lo convirtió en el Apóstol amado. Él amaba a Nuestro Señor porque era el Absoluto, y el Absoluto lo amaba porque se sentía amado por él.

Estas son las gracias que debemos pedirle a San Juan Evangelista. Que él sea nuestro excelso mediador ante la Santísima Virgen María y nos obtenga de Ella todos estos favores y todos los demás que Ella, en su inmensa misericordia, quiera otorgarnos: que él nos conceda a todos los que estamos aquí, a todos los miembros del movimiento; a todos aquellos dentro del movimiento que se sienten particularmente tentados o probados, que sufren dificultades especiales; y a aquellas almas con vocación que vagan por el mundo hasta que vengan a pertenecer a nuestra obra y que experimentan tantas tentaciones y dificultades.

Que, para todos ellos, Nuestra Señora obtenga y conceda, en el día de San Juan Evangelista, dones que anticipen estas enormes gracias de las que acabo de hablar. ❖

(Extracto de conferencias del 5 de mayo de 1966, 27 de diciembre de 1966, 9 de abril de 1971 y 22 de marzo de 1989)

---

1) No disponemos de los datos de esta ficha.

2) *Idem*.

Mensajes de Dios en una tarde de ocaso

Vivir es saber analizar los aspectos trascendentes, los imponderables sobrenaturales que rodean los ambientes y la naturaleza. En esta escuela de amor de Dios, nos enseña el Dr. Plinio a absorber y comprender lo que son, en esta Tierra, las promesas del Cielo.



El Dr. Plinio en 1984, en el Praesto Sum

Fotos: Archivo Revista

Al entrar en una de nuestras sedes1, en la cual se encuentra un amplio jardín, hice una reflexión que presento aquí, tal como se me puso en mí espíritu.

Reflexiones durante el "Sol materno del ocaso"

Estábamos precisamente en el momento en que el Sol se ponía y aún lanzaba haces de luz a través de los árbo-



les, iluminando parte de los canteros. La imagen de Nuestra Señora de las Gracias, sonriente y bondadosa, parecía que tenía una homogeneidad especial con ese Sol, hecho menos intenso y menos radiante, más familiar y dulce… Es lo que yo podría casi llamar el "Sol materno del ocaso".

Por ser los árboles esbeltos, los rayos bajaban desde muy alto hasta abajo, formando líneas oblicuas, unos surcos de luz muy grandes y bonitos, en medio de la relativa penumbra verde.

Reinaba en el jardín una calma y una paz que daban la impresión de que ni los pajaritos osaban perturbar. Hay momentos en que son muy graciosos, saltan, hacen desorden y lío. Esa actitud les conviene para el período de la mañana, cuando el Sol está en la alegría de subir, o cuando se encuentra en su plenitud. Ahora bien, cuando el Astro-Rey comienza a ponerse, los pájaros parecen tornarse más discretos y todo el movimiento de la naturaleza acompaña el sueño que va entrando en todo; otro tipo de belleza impregna la atmósfera del parque.







Esa dulzura que acabo de describir tiene una relación cualquiera con el trazado de la avenida de entrada: en cierto momento tiene una inflexión con una curva delicada y suave, presentando algo en común con las amenidades de la naturaleza.

Cuando el automóvil sigue su curso, se tiene la impresión de que todo lo que hay de imponderable y dulce, de distinguido, de agradable y de bondadoso en la naturaleza, toma otra dimensión, porque ya no es solo luz y color, sino también movimiento.

Un poco más a delante, se ve la parte lateral de una de las casas del complejo, que, en aquella hora se reviste de algo acogedor; es el lugar donde todos se reúnen, todos son amigos y se juntan para tener la buena convivencia de una noche…

Continuando el recorrido, se pasa delante del crucero y se rezan las jaculatorias: *"Ave Crux, spes única! "Mater Dolorosa, ora pro nobis!"* El automóvil avanza un poco más, lo necesario para que esas impresiones queden atrás y, sin choque, se llega, por fin, al esplendor del Patio de Nuestra Señora de la Gloria, donde están izados nuestros estandartes. Ya es otra atmósfera, otro ambiente, como que otro mundo que nos habla de batallas.

Y así estaba terminada mi entrada en esta sede, en una tarde de verano… Podríamos decir que todo eso constituye tres cuadros sucesivos y distintos: el primero, de la entrada; el segundo, de la casa; y el tercero, del patio. ¿Qué significan?



Melancolía discreta, bienestar y sosiego

Hay momentos en que la naturaleza se presenta con las delicadezas y las discreciones, con esa gota de cansancio, de sueño y de tristeza propias al anochecer. En eso está representado un "algo" de la virtud, propia a las almas, cuando se encuentran en ciertos estados: son muy dulces y suaves, esparcen en torno de sí una melancolía discreta –nada de torrencial– agradable, en la cual casi que se podría decir que prepondera una nota de bienestar, más que de



El Dr. Plinio en visita al Praesto Sum, en 1982

¡Alegría de la intimidad seguida del deseo de la lucha!

En un segundo cuadro de consideraciones, hay otros momentos en los cuales se aprecian, no los deleites de la naturaleza libre y suelta, del viento, de las hojas secas corriendo un poco por el suelo, sino que se gusta de lo cerrado, de lo íntimo, de lo acogedor, de lo concentrado, de lo defendido contra lo que está afuera…

¡Estas son aquellos momentos en que el hombre tiene la alegría de encontrar en otro a un semejante! Alegría de ser comprendido y de comprender; alegría de la intimidad, del bienestar de quien sabe y puede confiar.

No es únicamente la confianza, porque las puertas están trancadas y el lobo no puede entrar, sino porque las almas están abiertas, pueden hablar y expandirse.

Es casi un primer universo que cesa y otro que entra, hecho todo de impresiones y sensaciones diversas, pero en que el alma humana siente el placer de haber pasado por uno y haber entrado en otro. Es una especie de viaje de estado de espíritu en estado de espíritu.

Después de las serenidades tranquilas, de las intimidades reconfortantes, tristeza, que es, sobre todo, el sosiego…

En el fondo, en todas las almas hay momentos en los cuales ellas son así, como en toda naturaleza hay momentos en que ella se presenta así. Hay, por lo tanto, un como que estado de espíritu cerniéndose por encima de todas las cosas, el cual, en determinado momento, envuelve al hombre, invitándolo –y le dice: "¡Hijo mío, ya es hora de ser de este modo! "¡Comprenda esto cómo es!"–.





¡el alma tiene deseo de acción, quiere ver la gloria que se muestra! Ella, que hasta hace poco quería reposo y bienestar, ¡anhela por luchar, gritar, proclamar, avanzar, sacar pecho! Es de eso que ella gusta, y ahí está casi otro aspecto del universo.

Acción angelical e imponderable religioso

¡Solo en ese trayecto, cuantas consideraciones se pueden hacer…! ¡Cuando el hombre sabe vivir, pasa por así decir, por tres universos sólo en ese recorrido! ¡Y cuántos universos así hay por el mundo! Eso es llevar una vida interesante; ¡así vale la pena vivir, es curioso, es mucho más que curioso, es bello, es noble vivir!

En el fondo, ¿qué significa eso? Si mi alma tiene aspiraciones sucesivas de encontrarse en esos varios universos, es porque el universo creado por Dios –en el cual yo incluyo al rey de la creación, que es el hombre– puede presentar cuadros diferentes así. Ahora bien, ¿qué quiere decir cada uno de ellos? ¿Hay un mensaje de Dios dentro de eso? La Escritura dice: "Los cielos narran la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Sl 18, 2). Pregunto: ¿hay narraciones de la gloria de Dios dentro de eso?

Yo profundizo y digo lo siguiente: cuando noto una serenidad o un bienestar así en un ambiente, una explosión de gloria tal, tengo la impresión de que un Ángel se cierne allí; yo no lo veo, pero entreveo el fulgor irradiado por él en las cosas, como algo trascendente que se está expresando allí. Ese algo, ¿qué es?

Son exactamente las creaturas narrando la gloria de Dios, y yo, a través de ellas, contemplando aspectos de Él. Es posible que en una casa bendecida como ésta los aspectos de Dios se hagan ver no sólo por medio de la naturaleza, sino por gracias que coinciden con el mensaje que ella trae, haciéndonos ver algo más que lo que la simple naturaleza muestra.

De ahí viene un imponderable religioso en todos los aspectos que se suceden, al analizar los ambientes de una sede como ésta.

«¡Cómo sois grande, infinito y bello! ¡Para Vos yo nací!»

Entonces queda puesto el elemento necesario para una oración:

En la noche de nuestra vida, cuando tengamos los anocheceres suaves y poéticos –no la vejez tempestuosa que de mí está queriendo la Providencia, sino, como yo vi en una dama, tan suave y tan poética– en esta ocasión, como en la aurora de nuestra vida, Dios nos hará ver como que aspectos de lo que Él mostrará de sí mismo en el Cielo.

Las delicadezas, las armonías y los colores ya un poco nocturnos del ocaso, reflejan algo de especialmente bello: los aspectos de Dios en el Cielo, expresados por una delicadeza infinita, por una serenidad sin nombre, por una capacidad de penetrar en nuestras almas, agrandándolas, manejándolas con afecto, llenándolas con su presencia, sin que nosotros sepamos cómo.

Habrá otros momentos en que, en el Cielo, veremos el bienestar de Dios, y pensaremos: "¡La tierra pasó, la vida pasó; las batallas pasaron, ¡la posibilidad de pecar pasó! ¡Nosotros estamos radicados en el Cielo para siempre, somos impecables! ¡Dios nos tiene eternamente! Y, –¡oh maravilla!– ¡nosotros lo tenemos por toda la eternidad! Esta multitud de Ángeles y hombres electos que viven en la bienaventuranza, ellos serán mis íntimos por los siglos de los siglos sin fin… ¡Cada vez más nosotros nos conoceremos y nos amaremos más! ¡Cada vez más formaremos uno sólo junto a Él!"

Habrá las grandes glorias de Dios, los momentos en que Él se nos manifestará de tal manera, que no sabremos ni cómo glorificarlo: "Señor, ¡cómo Vos sois grande, infinito y bello! ¡Yo nací para Vos!".

En la eternidad no se pueden distinguir el tiempo ni los momentos, hablo así por adaptación de lenguaje. Pero hay torrentes de gracias que dicen una cosa y torrentes de gracias que dicen otra. ¡Y Dios se muestra por un aspecto y por otro, y por otro, por todos los siglos, para que nosotros lo contemplemos por toda la eternidad!

Entonces, al hacer este pequeño trayecto, cuando el día es favorable, debemos absorber esas impresiones y comprender que son promesas del Cielo. Y debemos amar las almas que, viendo esas cosas, son susceptibles de amarlas. Porque, en la medida en que las aman, se asemejan a eso, en la medida en que ellas mismas quedan así, son el reflejo de Dios más próximo de nosotros. Y si, por ejemplo, dos personas capaces de sentir eso y conversar sobre eso se sentasen en un banco de jardín y hablasen, tendrían una unión de almas parecida con la que se tiene en el Cielo. ¡Vivir es esto! ❖

(Extraído de conferencia del 21/12/1984)



El Dr. Plinio durante una conferencia en el Praesto Sum en 1984

1) **Se trata del Éremo Praesto Sum, situado en una espaciosa finca en el Barrio de Santa Ana, en São Paulo, Brasil. Desde el portón de entrada hasta el acceso de las casas, se recorría un amplio jardín, comentado en este artículo por el Dr. Plinio.**



¡Cántico nuevo, alegría de los Ángeles!

En virtud del privilegio singular de su Inmaculada Concepción, Nuestra Señora tuvo, en el primer instante de su ser, un entero y lúcido conocimiento de Dios, y ya ahí le manifestó el acto de amor más perfecto que fue dado hasta entonces al Creador. Ella lo adoró, le rindió gracias y le ofreció una reparación por los pecados de los hombres.

Ese acto de amor de lo Santísima Virgen, que fue un cántico nuevo, esa elevada e inigualable oración representó, para los Ángeles buenos, la primera entrada de su Reina en la corte celestial. ¡Se puede imaginar con que arrebatos de alegría ellos saludaron a la Inmaculada Concepción!

(Extraído de conferencia del 7/12/1966)

Danilo I.

Inmaculada Concepción
Iglesia de los Jesuitas, Paraguay